



ESTUVE EN...

Por la autostrada del sole en el sur de Italia

Por **Alejandro Destuet**

El autobús nos espera en Vía Nazionale. Es nuestro cuarto día en Roma y hoy conoceremos Capri. A unos metros del coche, el conductor fuma su cigarrillo. Conversa con un hombre de blazer azul, pañuelo al cuello... ¿a quién me recuerda? Parece un *consigliere* salido de una película. Ya estamos todos a bordo cuando nuestro personaje toma el micrófono y se presenta: "Good morning ladies and gentlemen, Buongiorno signore e signori... Michiamo Vincenzo, Vinnie, your tour guide".

Arrancamos. Atrás queda Roma, con sus fuentes y colinas. Vamos por la Autostrada del Sole, atravesando la campiña. El guía adelanta que al llegar a Nápoles abordaremos un barco para cruzar a Capri. Si la marea lo permite, entraremos en la Gruta Azul.

Un par de horas después aparece Pompeya a nuestra izquierda. Nuestro hombre, en cómica

pantomima, imita a las personas que quedaron petrificadas tras la erupción del Vesubio. Mira el paisaje, como enorgullecido señor de la comarca en reconocimiento de sus tierras. Señala Pozzuoli, el pueblo donde nació Sofía Loren. Entrecierra los ojos y moldea con sus manos las imaginarias curvas de la diosa.

Una lancha nos espera en el puerto de Nápoles. La bandera tricolor se bate alegremente sobre el cielo, mientras la espuma del Tirreno nos salpica la cara. En el horizonte divisamos los hermosos *palazzi* de la ciudad, que se aleja cada vez más. Varios botes esperan frente a la gruta. Por suerte la marea está baja. El hombre del remo nos pregunta de dónde somos. Entona "No llores por mí Argentina". Muy cerca, otro botero canta un rap a un grupo de basquetbolistas negros que siguen el ritmo con entusiasmo.

Entramos. Bajo la pared rocosa, se despliega lo que parece un inmenso lago. Una intensa fosforescencia azul inunda la gruta. Los remos hacen saltar gotas color turquesa: parece una lluvia de diamantes. Un halo de luz se cuele por la entrada irregular y juega con la oscuridad de la caverna. Con cada movimiento de la embarcación se despliegan increíbles brillos y contrastes que

danzan alrededor nuestro en un ritual mágico.

Salimos hacia el mar abierto y el sol nos encandila. Nos encaminamos a Marina Grande, el puerto de la *isola*. Una van sube por el panorámico camino hacia Anacapri. Almorzamos *spaghetti con chianti* y *tiramisú*. Tras las compras abordamos la lancha y regresamos a Nápoles. Le pregunto al guía cómo pueden votar a Berlusconi. Me mira comprensivo: *Il cavaliere a tutto quello che vogliamo: potere, money e belle donne*.

Llegando al continente, se destacan el Castel Nuovo, un histórico castillo medieval. Al lado se yergue el Palazzo Reale, el palacio barroco del rey de las dos Sicilias. El autobús sigue hacia el sur, hasta la península de Sorrento, donde paseamos por la mítica ciudad de las mujeres sirena. Es una hermosa villa veraniega sembrada de palmeras. Tomamos un *espresso* y retornamos escoltados por un hermoso atardecer a nuestra diestra y el mar Tirreno a la izquierda.

El cansancio nos adormece y la hipnótica luz de la gruta azul me acompaña entre sueños hasta Roma. *Vedere Napoli e dopo morire*, dice el refrán. No será así para nosotros. Aún nos quedan muchas cosas por conocer en la bella Italia. ●